

POCO podía imaginar un servidor de ustedes cuando hace treinta años, que diga lo que diga el tango son una eternidad, iba con su grabadora y su ilusión de estudiante en prácticas a entrevistar al maestro Antonio Burgos en la vieja casa de ABC de Sevilla (Cardenal Ilundain), que no sólo iba a acabar escribiendo todos los días en la misma página del mismo periódico sino que iba a hacer junto a él el paseíllo en esta especie de Maestranza que es el hotel Alfonso XIII para hablar de un género periodístico al que entonces apenas soñaba remotamente con dedicarme. Pero no se fíen de las apariencias; él sigue siendo un maestro y yo apenas un discípulo con cierta fortuna, sobre todo la fortuna de poder seguir aprendiendo de él, de tenerle cerca y de que me honre con su amistad y su afecto. A mí me enseñaron de pequeño, antes de la LOGSE, a respetar las jerarquías, y en el simbólico paseíllo de esta noche tengo bien claro que debo andar unos pasos detrás de él, como sobresaliente o subalterno. Miren, uno de los privilegios que otorga escribir en ABC es éste de tener cerca a figuras a las que uno siempre ha admirado y de las que siempre ha aprendido o tratado de aprender; y aunque he tenido la fortuna de coincidir con Antonio en las páginas de D16 o El Mundo, creo que todo lo que he hecho en mi carrera profesional tenía la intención, consciente o no, de acabar siguiéndole los pasos en el periódico en el que aprendí a leer y desde el que él me enseñó, sin saberlo, el camino de la vocación de periodista y de articulista. Desaparecidos Campmany

, al que por desgracia apenas pude tratar durante un breve tiempo, y Umbral, en quien también reconozco un magisterio más distante pero muy influyente, Burgos es junto con Manuel Alcántara el mejor articulista de España, lo que afirmo con presunción categórica y sin el “probablemente” con que ahora está de moda relativizar los juicios. Así que para empezar a aclarar conceptos podría esbozar aquí una definición del género que convendría ir incluyendo en los manuales de Periodismo: artículo es lo que escribe todos los días Antonio Burgos. Y como decía Martínez Albertos que el estilo de un artículo es el del articulista, pues que empiecen a hacer tesis doctorales los que quieran aproximarse a los secretos del asunto. Deben de tener por esas hemerotecas diez o doce mil textos para inspirarse.

Como él suele decir que la columna – probablemente—no existe, no será este humilde discípulo quien le lleve la contraria. El de columna no es en el fondo más que un concepto tipográfico, que alude a la disposición vertical en la página de ciertos artículos de aparición periódica. El de un servidor, por ejemplo, pero yo tampoco tengo conciencia de vivir en lo alto de una columna, como Simeón el Estilita, habilidad para la que, además de ascetismo, se requiere un acentuado sentido del equilibrio que no está a mi alcance. Me conformaría con ser un buen estilista, o al menos con acercarme a eso que los clásicos llaman rasgos de estilo, que es lo que dota de personalidad a un escritor. Puestos a buscar alguna

categoría colectiva en que arroparme me gustaría si acaso podría considerarme nazareno de tramo de la Archicofradía de la Sagrada Columna, hermandad numerosa y heterogénea en la que, en todo caso, el maestro aquí presente sería preboste o hermano mayor, con vara, medalla e insignia. Pero en materia de cofradías no ha lugar a discusiones con Burgos, porque hay pregoneros de tanta autoridad que no se le pueden dar cuartos.

Burgos no ha escrito nunca columnas, sino recuadros, hasta hacer de esta palabra una marca registrada. Conviene aclarar que, aunque bien seguro estoy de que su enorme facilidad de escritura le permitiría adaptarse a cualquier formato, el de la columna es manifiestamente escaso para su talento. Ruano aconsejaba meter una sola idea en cada artículo, para no desperdiciarlas, y Umbral decía malévolamente que Azorín inventó el párrafo corto porque tenía las ideas cortas; así Burgos reinventó el recuadro porque le sobran ideas y lo que requiere es cauce para hacerlas correr sin cortapisas por los meandros de su fecunda expresión literaria. A otros nos basta y sobra con la distancia corta porque en ella disimulamos mejor y en la síntesis hacemos de nuestros defectos virtudes; yo les confieso que a partir del tercer párrafo empieza ya a faltarme el aliento y a disparármeme el ácido láctico, como a los sprinters cuando tratan de correr los 400 metros, que es la carrera del atleta perfecto. Siguiendo el símil del atletismo, que no es tan descabellado porque a

menudo los articulistas sudamos tinta, el artículo de fondo sería la distancia de cross, el hectómetro; y la columna vendría a ser una prueba de velocidad, los 100 metros. El recuadro serían los 400, y Burgos, por tanto, una especie de Michael Johnson, que no en balde fijó su récord legendario en Sevilla en lo que los expertos consideran la mejor carrera de la Historia. Probablemente, claro.

Esto de las metáforas es un juego peligroso, en el que a menudo los escritores de periódicos, columnistas, articulistas o juntaletras de cualquier rango nos liamos y acabamos enredados en la superficial trampa de confundir las ideas con las frases y de olvidar que lo importante no son las imágenes ni el ingenio, sino los conceptos a cuya expresión sirven. Así que vayamos al concepto. Y el concepto es que sea con columnas, recuadros o faldones, de lo que estamos hablando es del periodismo literario y de opinión, que es en la actualidad el principal valor añadido de la prensa, el factor diferencial que permite a los periódicos ofrecer un menú distinto con el que competir, no sé por cuánto tiempo, con la inmediatez de los medios audiovisuales y electrónicos. Denostado quizá por su exceso de presencia, algo bueno debe de tener cuando incluso las tertulias, el género estrella de medios de mayor audiencia como la radio y la televisión informativa, está basado en el concurso de los escritores y opinadores de la prensa de papel. Por ahora estos espacios de glosa y reflexión escrita, con mayor o menos calidad

expresiva, continúan manteniendo un liderazgo de prestigio, y actuando como prescriptores de opinión en el mercado de las audiencias. Quizá eso sea en el fondo lo que somos: vendedores de ideas, o acaso mejor empaquetadores de ideas, que servimos listas para consumo a un público que no tiene tiempo ni ganas de cocinárselas por sí mismo. Preguntamos, escuchamos, reflexionamos y servimos el fruto de ese viejo proceso del periodismo que consiste en oír y contar, sólo que además lo envolvemos en el celofán de una prosa razonablemente construida. Listo para consumir en el desayuno y llegar a la oficina con los criterios ordenados para la discusión y la tertulia.

He hablado de desayuno y me detendré un momento en el café con leche porque me parece un asunto esencial de la relación entre el articulista y sus lectores. Los columnistas, sobre todo los de Madrid, almorzamos a veces con ministros o banqueros y merendamos con diputados o senadores, en busca de información o por lo menos de chismes con que ilustrar a la parroquia; ocurre menos a menudo de lo que parece, pero ocurre, y ay de aquel que llegue a creerse que se trata de un asunto importante. Y no sólo se almuerza con próceres: también se desayuna, en vista de que en Madrid, a las nueve de la mañana, o das un desayuno o te lo dan, en esta peculiar democracia del canutazo en la que parece que lo importante es decir ante un montón de micrófonos la primera parida del día, para tomar ventaja sobre los que van a pronunciar la segunda, la tercera y la

cuarta. Todo esto es cierto; pero el desayuno que de verdad importa o debe de importar a quien escribe en los periódicos es el que todos los días le cita con los lectores, porque ahí es donde se fragua la relación esencial entre un periódico y sus clientes. Lo de comer con ministros resulta bastante aburrido, se lo aseguro, y gastronómicamente nada interesante, sobre todo desde que se ha impuesto la costumbre de almorzar en los Ministerios, cuyo catering es manifiestamente mejorable. Y del café de los desayunos de trabajo ni les cuento: Tom Wolfe decía que sabe a cable de teléfono derretido. Lo que entretiene de veras, lo que motiva al escritor de periódicos, lo que constituye el núcleo de su tarea fundamental, es desayunar todos los días con unos lectores a los que no les ves la cara, contarles su visión de las cosas asomado a una especie de espejo sin azogue que no deja ver quién hay detrás, hacerles confidencias, comentarios, narrarles anécdotas, procurar entretenerles un poco y dejarles cada día algo de uno mismo. Interesarles, entretenerles y quizá hacerles reflexionar. Yo creo que un artículo que consigue una de estas tres cosas ya ha cumplido su función; con dos se puede considerar un éxito, y con las tres lo puedes presentar a un premio.

En este rito del desayuno cotidiano, invisible, con los lectores resulta tan imprescindible como el café o las tostadas el ingrediente de la repetición. El periódico funciona en tanto que es un hábito, y el artículo necesita formar parte de esa costumbre.

Escribir en un diario es escribir todos los días, de lunes a domingo, 360 días al año, lo que permite establecer una suerte de conversación ininterrumpida, en la que el lector establece un vínculo de complicidad capaz incluso de perdonar la evidencia de que no siempre está uno a la altura de las expectativas. Si confía en ti, si te lo ganas, aunque una mañana no encuentre interesante tu charla, te esperará a la siguiente; lo esencial es conseguir una cierta fluidez de comunicación, una confianza a partir de la cual se pueda crear una referencia. Para eso es esencial que el lector note tu esfuerzo por captar su interés hablándole de lo que le importa; yo soy de lo que piensan, como Alcántara, que hay que vender pescado fresco, recurriendo lo menos posible a la nevera. El que compra un periódico quiere que le hables de la actualidad, que le ayudes a comprender lo que está pasando, y su esfuerzo de acercarse al quiosco merece el tuyo de acercarte a sus expectativas. Porque nada hay más viejo que un periódico de ayer, el oficio requiere una renovación continua de materiales para estar a la altura de las exigencias.

Esto no quita la necesidad de un articulismo literario que introduzca pausas en el discurso, tantas veces cansino y aburrido, de la actualidad, y que ha sido seña de identidad del mejor periodismo nacional y desde luego de un ABC en cuya Tercera han escrito las mejores firmas, a izquierda y derecha, del horizonte intelectual español del siglo XX y de lo que llevamos

del XXI. Aquí el maestro Burgos es sin duda el más brillante de los escritores actuales capaces de parar el tiempo, como Curro, en un lance intimista, en una disgresión cotidiana o en una glosa abstracta que traen al periódico un soplo de hondura, un perfume de poesía o una cosquilla sentimental. Yo no he visto nunca un tío capaz de tener una nevera tan bien surtida de género de primera clase, de artículos de lujo, como él mismo los ha llamado en un libro memorable; pero para eso se necesita ser algo más que un periodista; un escritor con todas las letras, y de todas las letras, y eso sólo está al alcance de unos pocos. La raza periodística de Burgos es, no obstante, tan potente que yo le he visto a menudo reaccionar desde cualquier lugar del mundo y en cualquier circunstancia para cambiar sobre la marcha la entrega adelantada con el fin de cumplir esa máxima sagrada de ponerse a disposición del lector cuando los hechos requieren una toma de postura inmediata, taxativa y urgente.

La posibilidad, cada vez menos explorada, de descolgarse hacia una mirada oblicua, literaria, plantea el último de los asuntos que yo quería reflexionar con ustedes esta noche, que es el de la inflación de política en el articulismo español, que con frecuencia oscurece esa veta más profunda que ha constituido una brillantísima tradición en la prensa nacional, que es la del periodismo literario, el que viene de Larra y sigue por Cavia, Ruano, Camba o Pemán para desembocar en las estelas de fuego de

los citados Umbral o Campmany. Seguro que ustedes están de acuerdo en que hablamos demasiado de política, pero seguro también que no admitirían un columnista que siempre se estuviese andando por los cerros de Úbeda del lirismo más o menos abstracto. Esto tiene que ver con la alta temperatura ideológica y política de la prensa española y de su público, un fenómeno muy característico de nuestro periodismo contemporáneo, quizá más relacionado que ninguno, para bien y para mal, con las vicisitudes de la escena pública. No nos engañemos: la gente dice en las encuestas de mercado que no le interesa la política, pero no compraría periódicos que le hablasen sobre todo de temas sociales o humanos, y mucho menos de cultura o de la simple sensibilidad de las cosas cotidianas. El público quiere caña, metralla, un debate que prolongue en la prensa el clásico rifirrafe español de café y casino. En cierta medida nuestros diarios son todavía herederos del periodismo polemista decimonónico, y quizá no sea exagerado afirmar que hay en ellos más vitalidad política e ideológica que en el Parlamento, y desde luego más que en esos Parlamentos de la señorita Pepis de las autonomías. De algún modo con la política pasa lo mismo que respecto a la telebasura: no habría tanta si no hubiese tantos consumidores dispuestos a deglutirla.

Basta asomarse a internet para comprobar la clase de pasión con que los españoles seguimos discutiendo de política. En los foros y los blogs se

producen auténticas batallas de opinión, a veces con una virulencia verbal cainita y guerracivilista, con un trazo de insulto atroz y descarnado, que convierte en verdaderos caballeros a los escritores más canallas de la prensa escrita. En ese sentido, el articulismo viene a representar la espuma de dignidad y hasta medida del oleaje ideológico en el que los españoles se siguen peleando a garrotazos goyescos; por lo menos, incluso cuando practicamos la crítica más enconada y más subjetiva lo intentamos hacer desde una prosa bien construida en la que el lenguaje, la herramienta esencial de la palabra, represente una cierta frontera de respeto, de moderación y de racionalidad relativa.

Y, bueno, quedaba en teoría un último asunto en el epígrafe de esta charla a dos voces, que es el de la coletilla machadiana de "...y Sevilla" que forma parte de la convocatoria. Simplemente les diré, a salvo de los matices que podamos efectuar en el coloquio, que yo no creo a efectos de calidad en diferencias locales ni territoriales, ni en columnistas de Madrid, de Sevilla o de Málaga. Creo en temas próximos y en temas lejanos. En miradas interesantes y en miradas aburridas. Creo en articulistas buenos y malos, brillantes y oscuros; en periodistas honestos y deshonestos, documentados o superficiales, veraces o mentirosos, y eso tiene que ver con la condición de las personas y con la intensidad de su formación intelectual y de su compromiso moral. Aquí y en China, que diría Carod Rovira, don Josep Lluís, que tantos jornales nos ha dado a ganar. Y creo también,

ya que estamos en ello, que si alguna vez la prensa nacional entra en la crisis que pronostican los agoreros y los apocalípticos de las nuevas tecnologías, siempre quedará un periódico local, un blog de internet o hasta un sms de 138 caracteres para contarle a la gente lo que ocurre en la acera de enfrente o al otro lado del mundo. Y un montón de tipos dispuestos a hacerlo desde cualquier parte. Probablemente.